

EL PSICOANÁLISIS VISTO POR LA ESCUELA PSIQUIÁTRICA DE BURDEOS¹. (1915p).



Sandor Ferenczi.

Las vías de la comunicación científica internacional no habían sido aún cortadas cuando el 1 de mayo de 1914, los ilustres patronos de la Clínica Psiquiátrica de Burdeos publicaban un libro que permitía al psicoanálisis hacer su entrada oficial, por así decir, en la literatura francesa, donde hasta el presente -salvo algunas publicaciones menores- sólo estaba representada por la crítica superficial de Janet. Parece ser que ya en este momento los autores eran conscientes de la audacia necesaria para defender una teoría científica redactada en lengua alemana, pues desde el prólogo ofrecen argumentos para defenderse contra el reproche de “germanismo científico”. Es un signo precursor de los tristes tiempos que iban a seguir el que los autores de una obra científica se vieran obligados a subrayar que en materia científica el “esfuerzo de independencia” no debía degenerar en xenofobia. El “pensamiento Freudiano”, puede leerse más adelante (dejando aparte sus excesos), “no carece de grandeza”, contiene “algunas ideas fundamentales fecundas, que remiten a las tendencias más clásicas de la psicología y de la psiquiatría contemporáneas”; también esperan que el psicoanálisis “hallará una acogida ecuaníme en Francia” y “el examen concienzudo y reflexivo a que tiene derecho”.

Si ya el coraje con el que los autores combaten el chauvinismo científico nos resulta simpático, estas últimas palabras han despertado en nosotros la esperanza de verles mostrarse como pensadores independientes también en el resto de las cuestiones, libres de prejuicios no sólo nacionales sino también científicos.

En el segundo prólogo mencionan la enorme masa de literatura psicoanalítica acumulada y subrayan la ausencia de una presentación bien ordenada de los principios dispersos en diferentes obras: este sería, dicen, un grave obstáculo para la expansión de esta nueva psicología, “sobre todo en Francia donde los espíritus, a pesar de ser curiosos respecto a todas las hipótesis nuevas, exigen, para reconocer una teoría, que se halle expuesta de modo sintético y claro”.² Según Régis y Hesnard, sólo consideraciones metodológicas de este orden podrían apartar a los franceses del estudio de una tesis científica, nunca razones de orden sentimental, moral o religioso;³ los franceses tendrían gran amplitud de espíritu para esto, y bastante aversión hacia cualquier disimulo.

De este modo, los autores, para halagar el espíritu francés, se plantean el deber de introducir “en el seno de este ensamblaje de hipótesis ingeniosas” un poco de su “espíritu latino de claridad y de armonía”.

1.- E. Régis, profesor, y A. Hesnard, adjunto en la clínica psiquiátrica de la Universidad de Burdeos: *El psicoanálisis de las neurosis y de las psicosis, sus aplicaciones médicas y extramédicas*; París, F. Alcan, 1914, 384 p. (N. de T.: La edición que nos ha servido de referencia para esta traducción es la tercera, de 1929. Ha sido corregida y puesta al día por A. Hesnard, lo que explica algunas divergencias que existen entre las citas que da Ferenczi y las que reproducimos aquí. Serán señaladas siempre que sea necesario).

2.- En francés en el texto (N. de T.).

3.- He aquí esta frase tal como figura en la edición de 1929, con un sentido inverso al que Ferenczi le da en su artículo: “Pero en Francia, como en todos los sitios, hay que pensar que son sobre todo razones de orden sentimental, ético o religioso... las que constituyen el principal obstáculo...” (N. de T.).

Sin preocuparse de la evolución histórica de la doctrina, ni de qué proporciones de la doctrina han sido elaboradas por el creador del método y por sus discípulos, pretenden reproducir “la síntesis abstracta que evoca por sí mismo en todo espíritu francés el estudio profundo de la doctrina”.

Desde ahora podemos hacer una objeción al plan de trabajo de nuestros críticos. Consideramos que el psicoanálisis, ciencia en plena evolución cuya trayectoria se alarga constantemente debido a nuevas afluencias inesperadas, actúa correctamente al atenerse durante el mayor tiempo posible a la recogida de hechos y al establecimiento de relaciones entre datos próximos, y al precaverse ante toda abstracción y toda definición rígidas. Estimamos que la sistematización demasiado precoz que según Régis y Hesnard exige el espíritu latino (pues consideran que estudiar una doctrina que no está claramente formulada es contrario a este espíritu) disimula simplemente una alteración de los hechos y no constituye más que una precisión aparente. Es así porque no tiene en cuenta las dificultades y oscuridades realmente existentes y altera los hechos actuando como si desde el principio se hubieran poseído conceptos fundamentales claros de los que derivaran los datos particulares. En realidad, si seguimos la evolución de una teoría científica *in statu nascendi*, hallamos tantas sorpresas, y nos vemos obligados a reformular constantemente tantas definiciones nuevas que por último tenemos que renunciar de manera general a preocuparnos de este lecho de Procasto que constituye toda evolución y decidir no hacer más que un uso provisional y excepcional de tales formulaciones generales, poco explícitas en consecuencia. Pero no rechazamos la obra con excesiva precipitación y veamos si los autores consiguen modificar nuestra primera impresión. Debemos, sin embargo, subrayar que no puede imputarse al psicoanálisis la responsabilidad de esta organización: cualquier elogio o cualquier reproche en cuanto a sus formulaciones corresponde a los autores.

Este grueso volumen se divide en dos partes muy diferentes; las primeras trescientas páginas contienen una *exposición* detallada de la teoría y de las aplicaciones del psicoanálisis; las cien últimas expresan la posición personal, *crítica*, de los autores.

De acuerdo con el proyecto de una obra de carácter metódico, la exposición comienza con la *definición* del psicoanálisis, labor que nadie ha emprendido hasta hoy. He aquí su reproducción literal: “El psicoanálisis es un método de exploración psicológica y de tratamiento psicoterapéutico de la psiconeurosis que se inspira en un vasto sistema de interpretación de la mayoría de los mecanismos normales y patológicos del psiquismo humano y que está caracterizado por el análisis de las tendencias afectivas y de sus efectos, siendo consideradas tales tendencias en su mayoría como derivadas del instinto sexual”.

Repito que incluso nosotros tendríamos graves dificultades en proponer una buena definición; pero las lagunas de la anterior saltan a la vista. Por ejemplo, en ningún caso puede definirse el psicoanálisis sin insistir en el *inconsciente*, elemento constitutivo de la teoría entera. Sin embargo, podemos perdonar esta falta a los autores; condensar tal cantidad de experiencias en una sola frase, por muy larga que sea, sería un verdadero compromiso.

La otra objeción concierne a la afirmación de que el psicoanálisis hace derivar la mayoría de las tendencias afectivas del instinto sexual. El psicoanálisis nunca ha osado decidir qué proporción de las tendencias del psiquismo tenía un origen sexual u otro diferente, por ejemplo, el egoísta. Se contenta con afirmar que las fuerzas impulsivas sexuales desempeñan un papel *mucho más grande* y mucho más variado en la vida psíquica que lo que hasta ahora se suponía, que los factores sexuales *intervienen* probablemente en casi toda actividad y a menudo tienen un valor ejemplar; entre esta hipótesis y la aserción de que el psicoanálisis hace derivar casi todo de la sexualidad hay una diferencia tan considerable que no hubiera debido escapar a los críticos. Este grave error se desliza a lo largo de toda la obra, de manera que volveremos sobre él.

Tras una breve exposición de la historia del psicoanálisis y de su extensión, los autores aluden al pequeño número de trabajos franceses sobre el psicoanálisis. Luego recuerdan brevemente las aplicaciones clínicas del método, las experiencias que ellos mismo han realizado y cuyos resultados han publicado (“*Encéphale*”, 1913). Desgraciadamente no podemos tener ahora acceso a esta publicación, de manera que debemos renunciar a juzgar el valor de las experiencias sobre las cuales Régis y Hesnard han fundado sus opiniones. Es lamentable que los doctores no comuniquen aquí sus experiencias, aunque sea brevemente, para añadir un elemento más concreto a su trabajo excesivamente teórico. Presentada de este modo, su obra no es más que un conjunto de teoría y de crítica, y la curiosidad del lector por la experiencia personal de los autores

queda insatisfecha.

Quien se encargue de redactar el primer manual del psicoanálisis deberá inspirarse en el ejemplo dado por los autores de esta obra. Es interesante ver con qué devoción se entregan, en su presentación del psicoanálisis, a ideas que les son extrañas, incluso antipáticas, con qué cuidado reúnen las declaraciones de principio de Freud diseminadas en cien lugares diferentes, con qué habilidad consiguen tejer una teoría coherente mediante hilos diversos. La tendencia de los franceses a la claridad y al orden -que los autores elogian- les ha ayudado por cierto en su labor.

El capítulo titulado “El psicodinamismo”⁴ intenta exponer metódicamente la concepción dinámica de los procesos psíquicos según Freud. (El “psicodinamismo” es un término bien logrado que corresponde a los autores; hasta ahora se hablaba más bien de “psicología dinámica”. Agradecemos a los autores este neologismo, pero advertimos que reprochan a Freud su “debilidad por la heterogeneidad del vocabulario científico y su uso inmoderado de los términos técnicos psicológicos compuestos”.) Oponen el psicodinamismo de Freud a la concepción *psicostática* de Janet y subrayan justamente como una de las características principales del psicoanálisis el hecho de que concibe “la vida psíquica como un sistema, en evolución incesante, de fuerzas elementales, antagonistas, componentes o resultantes”.

Pocas personas hasta hoy han comprendido el sentido del *inconsciente* según Freud tan bien como los autores. En efecto, el inconsciente no es sólo lo contrario al consciente, como piensa Lipps, no es tan sólo el equivalente al subconsciente de los filósofos, sino que es la realidad interior del psiquismo, lo “real psíquico”, “incompleta y difícilmente conocido por la percepción interna del mismo modo que la realidad exterior es mal conocida por la percepción sensorial”. La definición del “preconsciente” está menos lograda. Para ellos es una zona intermedia entre el *inconsciente* y el *consciente* y “comprende todos estos fenómenos de ensoñación, distracción, inspiración, sueño nocturno, que son para nosotros las revelaciones subjetivas de la realidad interna ignorada, los mensajeros de lo real interior, los reflejos o los ecos del inconsciente”. Esta definición bastante imprecisa omite subrayar que la “gran censura” -y la gran diferencia psíquica- no debe buscarse entre el preconsciente y el subconsciente, sino entre el inconsciente y el preconsciente, y que las características psicológicas del preconsciente -dejando aparte la cualidad de la conciencia- son las mismas que las del consciente. El preconsciente desempeña, pues, un papel no sólo en la ensoñación y en las actividades semi-conscientes semejantes, sino también en las producciones más nobles y más estructuradas del psiquismo.

Tras una presentación correcta de la noción de censura, sigue una explicación bastante buena del esquema de Freud sobre el funcionamiento psíquico, los complejos y su significación afectiva. Pasan, lógicamente, de los afectos a la exposición de los sentimientos y procesos sexuales, tan fuertemente destacados por el psicoanálisis. Pero cuando los autores, superando una vez más su aversión hacia los términos psicológicos compuestos, llaman la psicología sexual de los analistas “*pansexualismo*” y califican a este término de “expresión ingeniosa”, dan una nueva prueba de su total incomprensión sobre este punto. “La noción de sexualidad comprende para Freud una gran cantidad de conceptos diversos” -dicen en la página 299⁵- “y alcanza casi el sentido de Instinto en general, o de Energía afectiva cinética”.⁶ Ahora bien, Freud nunca ha pretendido tal cosa; al contrario, ha repetido a menudo que la sexualidad debe distinguirse fundamentalmente de las demás actividades impulsivas, en particular de las actividades egoístas; los autores no deben referirse a Freud sino a ellos mismos en esta generalización abusiva, o eventualmente a algunos antiguos discípulos de Freud (por ejemplo, Jung) que lo han abandonado justamente porque rehusaba esta generalización energética de la noción de libido. Régis y Hesnard conocen demasiado bien la literatura psicoanalítica para que este hecho haya podido escapar a su atención, de manera que sobre este punto, a pesar de su promesa de objetividad, debemos acusarles de sofisma: combaten lo que su adversario nunca ha sostenido. Otra afirmación personal de los autores, porque Freud nunca ha dicho nada parecido, es que, según el

4.- En la edición de 1929, este capítulo se titula más clásicamente “La psicología dinámica de Freud”. (N. de. T.).

5.- Página 35 en la edición de 1929 (N. de. T.).

6.- El adjetivo “cinético” no figura en la edición de 1929 (N. de. T.).

psicoanálisis, el instinto sexual y el instinto de conservación de la especie serían “la base dinámica actual de nuestra actividad mental normal y patológica. Porque el otro instinto fundamental del hombre, el instinto de nutrición y de conservación personal... , sería incapaz de una acción potente sobre el organismo psíquico, al haber sufrido una atrofia ancestral bajo la influencia del medio social y de la civilización”.

Si en la exposición del psicoanálisis, los autores no hubieran abandonado la vía histórica correcta en provecho de una deducción más brillante pero falsa, la inexactitud de este aserto les hubiera saltado a los ojos como a cualquier lector de la obra. En toda la obra de Freud no se halla *una sola palabra* sobre la “atrofia del instinto de conservación”; Régis y Hesnard son los únicos responsables de esta absurda fantasía. Es también absolutamente falso afirmar que Freud se ha precipitado *a priori* sobre la sexualidad en lugar de llegar a este conocimiento por la presión de los hechos y tras una lucha prolongada.

En las treinta páginas siguientes, los autores ofrecen un buen panorama de conjunto sobre la evolución de la sexualidad tal como ha sido esbozada en los “Tres Ensayos” de Freud, después explican el rechazo y discuten al detalle las relaciones entre las neurosis y las perversiones.

He aquí lo que dicen a propósito del *método* psicoanalítico: “El psicoanálisis que servía en principio para buscar la fórmula patógena de las psiconeurosis, ha desvelado poco a poco las profundidades del inconsciente. A partir de entonces se ha desarrollado de manera autónoma y -hallando nuevas confirmaciones en la variedad que sus técnicas- se ha convertido en un método de investigación psiquiátrica que autoriza las máximas esperanzas”.

Deseamos reproducir también textualmente la excelente definición de la técnica psicoanalítica: “El método de investigación psicoanalítico consiste en arrojarnos a las máximas profundidades del psiquismo examinado, en confundir de alguna manera por un cierto tiempo nuestra persona con la del sujeto examinado y en preguntarnos: ¿Por qué tal idea o representación se asocia, por asociación libre, a tal otra idea o representación particular, cuál es el origen puramente psicológico de este encadenamiento y hasta qué fuente primitiva se le puede seguir? El examen psicológico médico hace aquí a la psicología individual una alusión a corto plazo. Por ejemplo, en lugar de examinar los hechos objetivos, como es costumbre en patología general (alteración o ralentización de una función a consecuencia de tal o cual alteración cerebral) y de buscar allí la explicación de la presencia en la conciencia del enfermo del hecho psíquico a examinar, en lugar de esforzarse seguidamente por analizar el carácter clínico objetivo de tal hecho (si la personalidad consciente lo acepta o no y en qué medida, si conviene clasificarlos entre los delirios, alucinaciones, megalomanía, reacciones impulsivas, etc.), en lugar de todo esto, pues, el psicoanálisis hace suyas por un momento las ideas halladas en su paciente, como si hubieran venido por sí mismas, y busca así la fuente directa. Va a hallarla necesariamente en otra idea, asociada o espontánea, proporcionada por los recuerdos de la persona examinada. De esta forma reconstruye la cronología de la psicogénesis del hecho psíquico examinado y llega por último a un hecho original primitivo que se demuestra siempre ser un impulso sexual más o menos rechazado que data de la infancia.

Esta impresionante y meridiana exposición suscitará sin duda el interés por el psicoanálisis; como cualquier simplificación, tiene un valor pedagógico inestimable, pero comporta también los inconvenientes de toda esquematización. El psicoanálisis de hoy se ha alejado considerablemente del procedimiento que consiste en atribuir el síntoma neurótico a una causa psíquica infantil particular; concibe el síntoma como la resultante de determinados factores constitucionales y accidentales. Es cierto que en numerosos casos tales factores accidentales parecen preponderantes, si bien en lo que les concierne la descripción de los autores sigue siendo válida.

La explicación tan cuidadosa de la interpretación de los sueños según Freud, con que acaba este capítulo, no suscita comentarios más detallados, lo mismo que la exposición sobre la prueba de asociación y “el psicoanálisis de la vida común”. Los autores resumen su impresión sobre las técnicas y los métodos del psicoanálisis diciendo que de todos los métodos de investigación psicológica el psicoanálisis es uno de los más difíciles; sin duda por esta razón el número de críticos que aportan una experiencia personal es tan escaso.

La exposición de las aplicaciones no médicas del psicoanálisis (psicología general, psicología de la religión, estética, etc.) es también acertada. La única afirmación que rechazamos formalmente es aquella

en que los autores pretenden que “el psicoanálisis, en la medida en que emite un juicio de valor sobre las obras artísticas, deja de ser una ciencia... , rompe aquí el marco demasiado estrecho para el de la psicología literaria habitual y se introduce en la filosofía”. Pero como además los autores escriben que el psicoanálisis “no osa juzgar francamente el valor literario de una obra” (por otra parte no podrían citar ni un solo pasaje en las obras de Freud en el que éste se preocupe de juicios de valor estético, moral, u otro), debemos pues calificar de impresión subjetiva injustificada la opinión de los autores según la cual el psicoanálisis se permitiría implícitamente (y no “francamente”) proporcionar un código estético, moral o similar. La gran mayoría de los psicoanalistas que han seguido a Freud hasta ahora han tratado siempre la estética y la filosofía como objetos del psicoanálisis y han rehusado en todo momento transformar el psicoanálisis en filosofía, en una doctrina estética o moral.

No resulta menos injustificado presentar el conflicto entre el principio de placer y el principio de realidad según Freud como “un sistema filosófico que explica los objetivos de la vida humana” y no como un simple resumen de datos de la experiencia adquiridos empíricamente. Así, pues, a pesar de todo, aumentan las señales poco a poco mostrando que, cuando se trata de estética, de filosofía, o de moral (equidad), Régis y Hesnard -que han comprendido perfectamente los problemas arduos de la técnica psicoanalítica e incluso la noción de “inconsciente” con la que chocan la mayoría de las personas- no demuestran la imparcialidad científica que se habían propuesto respetar y añaden al psicoanálisis conceptos que se hallan muy alejados de él, e incluso algunos contra los que había advertido previamente. Pues, aunque los estetas, los pedagogos y los socio-políticos se sirvan de los conocimientos psicoanalíticos para desarrollar sus propias ciencias (derecho que nadie puede negarles), el psicoanálisis en cuanto tal es una ciencia libre de cualquier tendencia, lo mismo que la botánica no deja de ser una ciencia porque los hortelanos o los predicadores vegetarianos ambulantes exploten los conocimientos botánicos en beneficio propio. Sin embargo, si el psicoanalista, que debería ser el primero en conocer las diferentes aplicaciones de su método, se aventura por los terrenos de disciplinas que le son *a priori* extrañas, es sólo por falta de otro sistema: no puede esperar a que los especialistas de tales disciplinas adquieran conocimientos suficientes en psicoanálisis para desarrollar esta labor, del mismo modo que el botánico se convierte en hortelano si, como Robinson, se ve obligado a vivir en una isla desierta y se halla privado de las ventajas de la repartición del trabajo.

La aplicación médica del psicoanálisis (el tratamiento de las neurosis y de las psicosis) ocupa naturalmente la mayor parte del libro. La presentación y la clasificación de la literatura que se aduce son una vez más exactas y claras. Sin embargo, a medida que se avanza en la lectura del libro, queda uno sorprendido por la neutralidad un tanto forzada de los autores, que llega incluso a su abstención total de tomar cualquier postura (aunque acá y allá, según hemos visto, existe una determinada tendencia que atraviesa como un relámpago la fría serenidad de la exposición). Esta calma hace pensar en el bochorno que precede a la tempestad y no presagia nada bueno. En la exposición de la teoría de las neurosis tenemos poco que destacar, y se puede poner como ejemplo la confrontación muy oportuna entre las opiniones de Freud y Janet.

El capítulo concerniente al psicoanálisis de las neurosis acaba con la siguiente frase: “Para el psicoanálisis -que indica la misma etiología en todas las neurosis- la descripción de las diferentes formas patológicas que permitía a los autores clásicos establecer las fronteras entre las diferentes enfermedades nerviosas, ha perdido su importancia.” A pesar de esto, el psicoanálisis ha puesto siempre en guardia a algunos de sus adeptos de excesiva impaciencia contra una simplificación abusiva de los hechos. Será suficiente recordar con qué perseverancia ha tratado Freud de aclarar el problema de la elección de la neurosis y de explicar los diferentes mecanismos, para comprender qué lejos estaba de suprimir las separaciones representadas por las diferentes características de los mecanismos de formación de los síntomas de los que extraía lo esencial de sus conocimientos. Incluso si la clasificación de Freud acaba distanciándose de la nosología tradicional, ello no significa el abandono de los métodos “clásicos” en los que, como se sabe, los representantes no están de acuerdo entre ellos y mantienen proyectos de clasificación muy diversos. Sin embargo, no pretendo negar que Freud diverge efectivamente en muchos puntos esenciales de los clásicos de la psiquiatría, en beneficio suyo, según creo.

La exposición sobre el psicoanálisis de las psicosis ofrece una nueva demostración del talento didáctico de los autores. El único error que debo rectificar es su confusión entre *introyección* e *introversión*; pero admito que sería preferible dar a dos nociones tan diferentes denominaciones que no se parecieran tanto fonéticamente.

Hay un malentendido aún más grave, cuando los autores, en la discusión sobre los efectos terapéuticos del psicoanálisis, mencionan entre las medidas terapéuticas complementarias la condena de los deseos injustificados. Ésta, lo mismo que la *sublimación*, no es un medio terapéutico sino un resultado del tratamiento; tanto una como la otra deben surgir en el curso o a continuación del análisis, espontáneamente y sin que exista sugestión por parte del médico; no deben ser cuerpos extraños fraudulentamente introducidos en el universo psíquico del enfermo sino adquisiciones duraderas y personales de éste.

Este capítulo termina con un breve resumen, aunque completo, de la literatura sobre la transferencia; así acaba la parte descriptiva del libro.

Este capítulo termina con un breve resumen, aunque completo, de la literatura sobre la transferencia; así acaba la parte descriptiva del libro.

La parte siguiente, crítica de la obra, va introducida por un pequeño ensayo bastante notable titulado “El psicoanálisis y las críticas”. Puede leerse allí entre otras cosas: “Pueden rechazarse (las críticas desfavorables al psicoanálisis) sin dudar en su mayoría. Por ejemplo, todas las que hacen intervenir consideraciones de orden *sentimental*: moral, ético, religioso, etc. Todas ellas son extremadas. O bien representan a Freud como un apóstol despreciado o desconocido y emanan de discípulos místicos y entusiastas más que de seguidores convencidos, o bien tienden a hacer de él un iluminado, un soñador, incluso un espíritu falso y peligroso que arrastra a sus adeptos a una especie de contaminación delirante colectiva. En este caso proceden de moralistas agujoneados por su ignorancia sistemática de la sexualidad, de religiosos cuyos principios resultan ofendidos, o de pedagogos asustados por tal libertad de opiniones”. “Los ataques de este tipo, dirigidos principalmente por Hoche, Förster, Mendel, etc., no deben contar en el terreno en que nos situamos, es decir, en el ámbito científico. Dejaremos también de lado las críticas que recurren a la burla y tienden a ridiculizar las ideas de Freud. La crítica científica se acomoda mal con el humor. Puede pensarse a este respecto lo penoso que debe resultar para un gran espíritu como el autor del psicoanálisis el ver la obra a la que ha consagrado su vida convertida en objeto de chistes facilones”.

Aprobamos prácticamente en todos sus puntos las indicaciones que los autores hacen sobre las críticas, lamentando sin embargo que no citen a otros autores que *defienden* a Freud desde un punto de vista religioso, ético, moral, etc. Pues apenas conocemos tales críticas, que los autores rechazan justamente. Sin embargo, si algún joven psicoanalista se muestra excesivamente prolijo en la expresión de su reconocimiento, es posible que se le achaque no conservar su objetividad por interés personal. Pero esto equivaldría ciertamente a castigarle con mayor severidad, que el situarlo junto a los Hoche, Mendel, etc., por una simple falta de estilo.

Resulta menos comprensible, e incluso un poco desmoralizador, el ver a los autores citar entre los críticos serios de Freud, junto a nombres universalmente respetados como los de Janet, Ladame, Dubois, Bleuler, el de alguien que conocemos mejor: ¡Friedländer! En este trabajo conocemos también a Kostyleff, autor poco conocido entre nosotros, que halla en el psicoanálisis pruebas a favor de la teoría psicológica de los “reflejos cerebrales”. Según parece, Kostyleff ha publicado ya bastante sobre el psicoanálisis en lengua francesa. Por último, los autores subrayan acertadamente que “por desgracia” la gran mayoría de los críticos se ha abstenido de cualquier aplicación constante de las técnicas propuestas por Freud. “Algunos..., como Isserlin, rehúsan incluso ensayarlas porque les parecen *a priori* inaceptables en el plano lógico”.

Los autores prometen en lo que les concierne juzgar al psicoanálisis con equidad, ya que consideran que es un error aceptar o rechazar la nueva doctrina en su totalidad, desean reemprender la discusión de la teoría en general y luego pronunciarse punto por punto.

Los malentendidos demostrados en la parte descriptiva nos han hecho prever que el juicio de los autores sobre importantes porciones de la doctrina psicoanalítica estaría perturbado por una mala interpretación, pero esto alcanza tales proporciones que -conociendo la receptividad poco común de los autores hacia ciertas sutilezas de la teoría y de la técnica y habida cuenta de sus constantes protestas de objetividad e imparcialidad- quedamos un tanto estupefactos. Digo solamente un tanto porque hemos podido ver a menudo una excelente comprensión del psicoanálisis aliada a la imposibilidad de alcanzar la convicción. Reconstruyamos las principales objeciones de los autores; creemos que los lectores decidirán por sí mismos si corresponden a la doctrina y al método o bien a la persona de los autores el que éstos hayan finalmente

llegado a rechazar los puntos esenciales.

“Teníamos la intención -así comienzan la parte general de su crítica- de proporcionar en esta obra una visión panorámica y sistemática del psicoanálisis. Bajo este ángulo, el psicoanálisis no puede compararse con ninguna otra obra médica; nos sorprende con unos aires filosóficos tan característicos que ha sido compasado justamente con algunos sistemas metafísicos de la psicología. *Es decir, que lleva en sí mismo todas las cualidades y defectos de un sistema*; sus cualidades teóricas: claridad, unidad, armonía, que satisfacen al diletante y le ahorran la fatiga de una búsqueda personal, ese paciente reagrupamiento de los hechos que constituía hasta ahora en medicina un criterio de valor; hay sin embargo un inconveniente práctico: debido a la naturaleza puramente hipotética de la teoría, ésta escapa en su totalidad a cualquier demostración”.

¿Cómo se corresponde esta acusación con el reproche anteriormente formulado por los autores calificando al psicoanálisis de “Ensamblaje de hipótesis ingeniosas”, donde únicamente los críticos “han introducido un poco de su afán de claridad y de armonía” para satisfacer el deseo de síntesis de sus lectores? Mientras los autores no retiren bien sea su crítica de ausencia de síntesis o bien la desistematización abusiva, no es posible tomar en serio ninguna de tales objeciones.

Y si el “paciente reagrupamiento de los hechos” es lo que caracteriza al no diletante, el psicoanalista, que pasa a menudo varios años estudiando un solo caso y no se atreve a concluir nada más que a partir de mucho más casos examinados en profundidad, puede considerarse al abrigo del reproche de diletantismo.

Por el contrario, admitimos gustosos que el psicoanálisis sea designado con el término irónico de Kraepelin, que lo califica de “*meta-psiquiatría*” (que por otra parte no es sino una variante del término *meta-psicología* creado hace tiempo por Freud). Admitimos que el *inconsciente*, indemostrable por esencia, es una hipótesis, una interpolación en el profundo abismo que existe entre los procesos fisiológicos y los procesos psíquicos conscientes. Pero esta hipótesis está tan justificada como algunas que son básicas en otras ciencias, por ejemplo, la noción de materia en física. La única cuestión consiste en saber si tal hipótesis tiene un valor heurístico, si nos facilita la comprensión de procesos todavía inexplicados; pensamos que la noción de “inconsciente” es preciosa a este respecto y por lo tanto, debe ser conservada. Sea como fuere, la existencia de esta hipótesis no basta para asimilar el psicoanálisis a una mística, como desearían los autores.

Nos permitimos señalar que los mismos autores, que califican al psicoanálisis de “mística” porque “no es posible hacer la demostración experimental del subconsciente y delimitarlo con unidades de medida”, hablan con mucho respeto de la psiquiatría llamada clásica, que como hemos dicho antes, une la megalomanía y otros problemas psíquicos a alteraciones cerebrales específicas. Ahora bien, nadie ha podido demostrar todavía objetivamente y por vía experimental la existencia de tal relación, por ejemplo, midiendo una idea megalomaniaca mediante una alteración cerebral; los autores pueden, pues, considerar esta hipótesis no menos mística que la del inconsciente.

El psicoanálisis es mucho más liberal; no rechaza la hipótesis de una correspondencia entre determinadas alteraciones cerebrales y ciertos procesos psíquicos. Pero reivindica el derecho a explorar la verdad por un nuevo camino y a intentar remover las aguas estancadas de la psicología y de la psiquiatría mediante la observación de los mecanismos puramente psicológicos. Como sólo existe una verdad, convendrá que la verdad fisiológica coincida a fin de cuentas con la verdad psicológica. Sin embargo, primero hay que construir el método psicológico, hasta ahora gravemente descuidado, de manera autónoma e independiente de la fisiología. El fracaso completo de la psiquiatría anatómica ahorraría cualquier tentativa, incluso la que hubiera sido realizada mucho mejor que la “meta-psiquiatría” según Freud; y la esterilidad de la orientación “clásica” debería incitar a sus adeptos a plantear con más mesura sus exigencias respecto a los demás y a ser más modestos en sus críticas.

Cuando los autores reprochan al psicoanálisis el considerar las diferentes formas patológicas como “*entidades morbosas*” *innumerables*, se contradicen una vez más porque anteriormente han reprochado al psicoanálisis no conceder ninguna importancia a las *diferentes formas patológicas*, ya que en definitiva todo viene a ser sexualidad. Además, se deforman los hechos, porque el psicoanálisis nunca ha presentado las formas patológicas como fenómenos últimos que no pueden ser analizados, sino al contrario, como mecanismos que, congelados en cierta medida por la evolución onto y filogenética, se fundan en último

término en procesos elementales y necesitan ser analizados más adelante. Sería interesante saber cuál es la parte de la doctrina tan mal comprendida por los autores que llegan a pretender endosar al psicoanálisis tendencias totalmente ajenas. Los autores no hallarán en la obra de Freud ningún pasaje en que la neurosis sea presentada como una “entidad que no puede ser analizada”. La prometida imparcialidad se ha acabado según parece con la descripción del psicoanálisis, y no se observa en la parte crítica.

Viene luego el reproche de teleología. En psicoanálisis, el inconsciente, la censura, el impulso sexual, la psiconeurosis, el sueño, etc., “se hallan influenciados por la doctrina arcaica de las causas finales”. “Presumen la existencia de una especie de premonición en la naturaleza humana que proporciona al ser psíquico los medios más diversos y más espirituales para satisfacer su destino y llenar sus últimos objetivos.” Aquí la neurosis “no es el efecto de una perturbación vital, a la manera de la descomposición de una mezcla en una reacción química, sino un medio de escapar a una realidad demasiado penosa”.

Replicaremos a esto que el psicoanálisis ha descubierto toda una serie de mecanismos de defensas psíquicas adaptadas y los ha hallado actuando en las neurosis. Pero este descubrimiento no desmiente en modo alguno la concepción científica que se halla en vigor en nuestros días; se sabe perfectamente que, según la investigación biológica altamente estimada por nuestros autores, estos mecanismos de defensa desempeñan también un papel importante en fisiología y en patología. Hoy en día los síntomas de la fiebre tifoidea no son solamente considerados como simples signos de una “perturbación vital”, sino también como una mezcla de fenómenos de insuficiencia y de razones de defensa. El mismo psicoanálisis no opina de forma diferente.

Pero es absolutamente falso el pretender que Freud dé a esta eficacia el sentido de una tendencia mística hacia un “destino” y no el de un fenómeno de adaptación que puede recibir una explicación biogenética; estas palabras demuestran desgraciadamente la ligereza de que los autores dan prueba al deformar numerosos pensamientos de Freud. Freud ha rechazado enérgicamente la interpretación finalista de los hechos psicoanalíticos propuesta por Jung y por esta razón Jung ha tenido que separarse del grupo freudiano.

“Hay que apreciar el psicoanálisis como una de las producciones artísticas que trata de explicar; él mismo es un símbolo.” ¡Puede ser! El psicoanalista debe ser suficientemente lógico consigo mismo para admitir que los factores determinantes individuales inconscientes puestos en evidencia por el análisis pueden proporcionar un complemento importante, tanto al trabajo psicoanalítico como a cualquier otra creación. El verdadero psicoanalista está tan convencido que nunca deja de analizarse a sí mismo y corrige constantemente sus resultados mediante el auto-análisis. Pero cree que incluso prescindiendo de la apreciación personal, el psicoanálisis sigue siendo válido y debe ser reconocido. Los autores dan pruebas de lo contrario. Tenemos por otra parte la satisfacción de constatar en esta ocasión que los autores afirman la utilidad práctica de la concepción y de las técnicas psicoanalíticas en la crítica “puramente científica”, cuando explican un símbolo (el psicoanálisis) mediante mecanismos inconscientes (auto-proyección).

En la crítica del “psicodinamismo”, y tras haber insistido sobre los precursores franceses de Freud, le conceden ciertos elogios por su trabajo concienzudo sobre los procesos del “rechazo”. “Freud y sus discípulos tienen realmente el mérito de haber demostrado que el rechazo es una de las grandes leyes de la psicopatología.” Luego reconocen que el psicoanálisis permite recuperar la ideogénesis (es un buen término técnico griego que les agradecemos) de un síntoma patológico. Pero Freud sólo habría explicado así la *génesis* del síntoma, no su *causa*. Sin entrar en una discusión filosófica profunda, señalemos que la elucidación completa de la génesis de un proceso, es decir, toda la historia de su evolución, evita buscar cualquier otra “causa”, porque esta exposición implica el conocimiento de todas las condiciones, no siendo la “causa” más que la suma de condiciones de aparición. Entre estas condiciones, Freud ha subrayado siempre la importancia fundamental de los factores biológicos; también es perfectamente superflua la vehemencia con la que los autores oponen la psicogénesis a la teoría tóxica de las psicopatías. Claramente olvidan lo que ellos mismos habían dicho en su concienzuda exposición de la teoría psicoanalítica: “En último término, el psicoanálisis considera toda neurosis y toda perturbación psíquica grave como una consecuencia de factores químicos, de una intoxicación del sistema nervioso por toxinas endógenas.” Por el contrario, es cierto que al demostrar la psicogénesis de las neurosis, Freud ha puesto en evidencia un nuevo aspecto del problema que nunca hubiera sido accesible por medio de la anatomía y de la química del cerebro y en el que la biología

misma, a nuestro parecer, tenía poco que hacer.

Ahora nos aparece de forma clara lo que la escuela psiquiátrica de Burdeos, dignamente representada por los autores de esta obra, opone a la concepción psicoanalítica de las neurosis: “Por nuestra parte, dicen, vemos la causa de la psiconeurosis en una insuficiencia, en una alteración del funcionamiento psíquico, que dependen de alteraciones materiales y fisiológicas del cerebro, de variaciones al nivel de los fenómenos de excitación cerebral y de perturbaciones afectivas.”.

Consideramos que el acento puesto sobre la cerebralidad en esta definición no se opone al psicoanálisis; por el contrario, los términos que traducen el aspecto psíquico del problema parecen tan evidentes pero tan vacíos de significación como todas las tentativas análogas hechas por la psiquiatría pre-psicoanalítica. Las explicaciones que pretenden pasar directamente de la cerebralidad al universo psíquico consciente se desvanecen en humo como un cortocircuito eléctrico; son incapaces de proporcionar una luz duradera a los problemas psíquicos. Además los autores contradicen aquí lo esencial del elogio que habían hecho sobre el modo de investigación “ideogénica”, sosteniendo que el encadenamiento asociativo de las ideas no significa la causalidad de su sucesión; pues reconocer tal hecho sería un argumento en favor del principio tan desacreditado del *post hoc, ergo propter hoc*.

Por nuestra parte, pensamos que no es preciso despreciar el *post hoc* como prueba de una relación causal; eminentes físicos han debido admitir que en realidad no tenemos otras pruebas de la causalidad que el inevitable suceso de un fenómeno a consecuencia de otros; no en vano el efecto se llama “Folge” en alemán y “consecuencia” en francés. Al rehusar los autores dar una significación psíquica de orden causal a la sucesión asociativa, renuncian a la única posibilidad de obtener una confirmación del determinismo psíquico.

El único pasaje del libro en que los autores se refieren a sus propios trabajos psicoanalíticos se halla en la crítica de la “interpretación de los sueños”. Los críticos estiman, como la mayoría de los intérpretes de sueños que no han sabido leer en Freud, que el sueño no representa sólo el “cumplimiento de deseos” sino también la realización de diversos afectos. Olvidan que Freud ha subrayado siempre con insistencia que el sueño manifiesto, e incluso el contenido onírico latente, pueden proporcionar a los afectos más diversos, odio, miedo, deseo, sentimiento de culpabilidad, etc., una ocasión de manifestarse; las diferentes partes del sueño, consideradas separadamente, no representan en absoluto el cumplimiento de un deseo, Freud ha afirmado solamente que después del análisis el sueño, considerado en su totalidad, *posee un sentido*, y que este sentido no es sino una representación que satisface el deseo contenido en uno o más pensamientos latentes de la víspera, representación elaborada con ayuda de aspiraciones infantiles inconscientes que permanecen insatisfechas. Lo que indica que hay otros factores diferentes de los intelectuales que intervienen en la crítica del psicoanálisis no es el hecho de que los críticos acepten de mala gana la interpretación de los sueños según Freud, sino el que desprecien de manera sistemática sus proposiciones claras y unívocas. Se trata al mismo tiempo de una respuesta a la repetida acusación de que el psicoanálisis dispone de un argumento fácil cuando, para explicar el rechazo de su doctrina, alude a la resistencia de sus adversarios.

A los autores les parece también inaceptable que las *asociaciones* obedezcan a las mismas leyes en la neurosis y en el sueño que en la vigilia; pero dos páginas después sostienen que el sueño obedece a las mismas leyes elementales de la *afectividad* que la vida consciente; los argumentos que citan en apoyo de esta última afirmación apenas son más sólidos que aquellos mediante cuya ayuda el psicoanálisis mantiene la primera, teniendo sin embargo cuidado en indicar múltiples *diferencias* que separan los modos de asociación conscientes e inconscientes. Ningún crítico deja de subrayar por otra parte que no pueden situarse sobre el mismo plano los síntomas de la enfermedad psíquica y los fenómenos de la vida psíquica normal; y sin embargo la patología general enseña que la “enfermedad” no es más que “la vida en otras condiciones”. No hay ninguna razón para que la psicopatología escape a esta ley de alcance general.

Los autores consideran que la explicación “ideogénica” de un síntoma morboso es aún más discutible que la búsqueda de un contenido latente en el sueño. “El estudio de la sucesión de los recuerdos patógenos tiene ciertamente un gran interés, sin embargo este encadenamiento es a veces tan complejo, se expresa en una aproximación tan sorprendente de hechos imposibles de comparar (juegos de palabras, analogías superficiales, símbolos *ex contrario*, etcétera), que podemos preguntarnos cómo una tendencia tan fuerte

capaz de perjudicar gravemente al organismo puede ir unida al síntoma mediante un puente tan débil y frágil. Por ejemplo, es muy difícil concebir la necesidad de introducir entre una contractura fijada y su causa: un poderoso complejo bloqueado en el inconsciente, un intermediario tan inconsistente y sutil como una sucesión de ideas, de imágenes y de afectos unidos al azar, o por algunos juegos de palabras”.

Hay que reconocer que este hecho es inverosímil y ha sorprendido incluso a quien lo ha constatado. Sin embargo, la crítica no debería haberse limitado a constatar la inverosimilitud, sino que debería haber intentado establecer la eventual exactitud de este proceso por medio de investigaciones precisas, a pesar de su aparente inverosimilitud. Por supuesto, es mucho más fácil dar una explicación falsa. Rechazar es permitir que la fuente de un afecto permanezca inconsciente o se convierta en tal; para ello, el desplazamiento del afecto sobre algo análogo pero *insignificante* es un buen método. Y es precisamente su *insignificancia*, su *inverosimilitud* la que establece juegos de palabras, analogías lejanas, etcétera, los mejores y más seguros puentes asociativos del rechazo. A pesar de toda su delicadeza y su fragilidad, tales puentes cumplen perfectamente su función si consiguen desviar la conciencia de aquello que debiera ser rechazado hacia algo inofensivo. Lo que realizan no es, pues, “un giro forzado”; su trabajo se parece más bien al del guardagujas que, sin gran esfuerzo, puede desviar por otro camino a la locomotora que llega con excesiva velocidad. El hecho de que los mismos críticos consideren este modo de encadenamiento de las ideas “inesperado”, “inverosímil” y hasta “imposible”, muestra tan sólo que el proceso de rechazo ha recurrido a puentes asociativos bien disimulados, difíciles de descubrir, pues nadie sospecha de ellos ni piensa que existan.

Lo que los autores presentan bajo el título de “crítica del pansensualismo” no es más que una consecuencia directa del desprecio ya señalado respecto al papel que Freud atribuye a la sexualidad en la vida psíquica. Sin embargo, dedican algunas palabras elogiosas al desarrollo que hace Freud de la historia de la evolución de la sexualidad. Como tal elogio es una excepción, lo citaremos *in extenso*: “La psicología psicoanalítica de la evolución sexual nos parece muy interesante, en particular porque tiene el gran mérito científico de explorar un universo totalmente desconocido, aunque algunos pasajes nos parecen dictados por el deseo *a priori* del autor de hallar allí el origen de las psicopatías más bien que por un afán legítimo de conocimiento. La psicología de las perversiones sexuales -a pesar de algunas restricciones- nos parece bastante racional, se apoya sobre una extensa experiencia y un pequeño número de hipótesis, en una palabra, es más ingeniosa y más satisfactoria que muchas otras de las teorías en torno a las anomalías del impulso sexual”. Por el contrario, Régis y Hesnard consideran totalmente hipotética la tesis freudiana según la cual la neurosis es el negativo de la perversión. Sin embargo, si hicieran el análisis de cualquier historia de angustia con globos y náuseas, modificarían su opinión y reconocerían indudablemente en estos síntomas manifestaciones negativas del impulso parcial erótico oral. Por lo demás no se trata aquí de opiniones divergentes sino de contradicciones a nivel de los hechos. Y éstos no pueden debatirse en la discusión, sino sólo en la experiencia.

Cuando pretenden los autores que algunos neuróticos sitúan instintivamente la sexualidad en primer plano para motivar insuficiencias de otro orden, están copiando la teoría del sentimiento de inferioridad mantenida por Adler. Las objeciones formuladas contra la teoría del sentimiento de inferioridad -expuestas a menudo, por lo demás- mantienen aquí todo su valor.

“Resulta imprudente admitir desde el punto de vista social que todos somos incestuosos u homosexuales en potencia”, declaran más adelante, y sólo se avienen en admitir que la “ternura no es más que crueldad reprimida y la crueldad una ternura sin moral”. Naturalmente, ningún psicoanalista ha sostenido jamás esta última proposición; la crueldad propiamente dicha no tiene nada que ver con el sentimiento de ternura ni con la moral. Parece que el deseo de una estilización aforística eficaz ha prevalecido aquí sobre la objetividad.

Ya se sabe que los casos poco claros no constituyen nunca un buen tema de discusión, pero vienen muy bien a quien sólo busca la querrela; por ejemplo, los casos en que neurosis y perversión existen conjuntamente aportarían a los autores argumentos contra el carácter opuesto de ambos estados. Efectivamente, la unidad del desarrollo psíquico nunca es tan completa para que un mismo individuo no pueda presentar al mismo tiempo una perversión positiva y otra negativa, evolucionando hacia la neurosis.

Una de las conclusiones finales de este capítulo muestra por lo demás claramente que los autores son particularmente contrarios a la terminología del psicoanálisis. Las expresiones: libido, sexualidad, etc.,

en su empleo actual deberían ser siempre reemplazadas por la palabra “afecto”. Para los autores una tal psicogénesis afectiva de las psiconeurosis, tomada del psicoanálisis pero considerada en un sentido más amplio, “no es posible”. Sin embargo, representaría un sacrificio intelectual para el psicoanálisis admitir tal generalización antes de que los hechos le obliguen a revisar su experiencia según la cual la psiconeurosis tiene siempre una base sexual.

Luego los autores vuelven de nuevo -y esta vez de manera más precisa- a su presentación del psicoanálisis como continuación del desarrollo de la psicología moderna anterior a Freud, sobre todo la francesa. El propio Freud ha subrayado muchas veces con insistencia la influencia que han ejercido sobre él Charcot, Bernheim y Janet. Por el contrario, las ideas de Bergson, que los autores evocan igualmente en el mismo contexto, sólo muestran con el psicoanálisis un parecido parcial y limitado a ciertos detalles psicológicos. En el plano de los principios, hay que constatar más bien una oposición entre ellos que la analogía sostenida por los críticos. “Nos enorgullecería, y sería interesante para el fundador del *psicoanálisis*, si pudiéramos concluir que su psicoanálisis es una tentativa más o menos inconsciente de reagrupar en un sistema los resultados del *análisis psicológico* francés”. Teniendo en cuenta las numerosas críticas y las escasas alabanzas que los autores conceden al psicoanálisis, puede dudarse de que esta filiación enorgullezca realmente a los sabios franceses. El psicoanálisis no puede admitir en ningún caso la exactitud de esta clasificación. Pretende haber añadido hechos nuevos a la obra de los sabios franceses y no haber proseguido su desarrollo sino a partir de la *concepción nueva* que representa. La semilla originaria del psicoanálisis no tiene ninguna relación con la literatura francesa. No fue Charcot y menos aún Janet, sino Breuer, quien dio el primer impulso para la edificación de la nueva doctrina que, además, no interesó a Charcot ni fue comprendida por Janet. La crítica del psicoanálisis desde el punto de vista médico comienza con el reproche hecho al psicoanálisis de pretender someter toda la neuropsiquiatría, en un afán desmesurado de conquista. Ayer sólo se trataba de la psiconeurosis, hoy se han añadido los cuatro clínicos psiquiátricos como la demencia precoz, y es posible que mañana anuncie sus pretensiones sobre la parálisis general.

Es indiscutible que el campo médico en el que el psicoanálisis puede operar es inmenso. Los propios autores reconocen que Freud ha conseguido dar al rechazo, por ejemplo, el valor de una nueva ley general de la psicopatología. Nosotros estimamos que el psicoanálisis ha proporcionado igualmente otros nuevos datos a la psicología y a la patología. Sin embargo, una vez en posesión de tales descubrimientos, se ha visto en la obligación formal de revisar todo el ámbito de la psicosis y de la psiconeurosis. Si ha podido en consecuencia contribuir efectivamente en muchos casos a la comprensión médica de los cuadros clínicos psiquiátricos -desgraciadamente no siempre a su curación-, no merece por ello el reproche de insaciabilidad, que además en el campo científico parece siempre inadecuado. Pues ser “modesto” en la búsqueda de la verdad no es ciertamente una virtud. Es natural que el psicoanálisis haya aportado también nuevos y preciosos datos en el campo de las psicosis orgánicas, labor que debía emprender antes o después. En absoluto se sigue de ello que tales estados deban estar considerados como esencialmente psicógenos y hayan de ser tratados por la psicoterapia. Esta ingenua deducción desmiente también en cierta medida la “imparcialidad” de que se ufanan los autores y de la que efectivamente dieron muestras en numerosas ocasiones en la primera parte de su libro.

Luego, los autores, en la crítica que hacen de la nosología psicoanalítica, expresan sus dudas sobre el fundamento de la relación que Freud establece entre neurosis actuales y perturbaciones de la higiene sexual corporal; además estiman que la reconstrucción de la psicogénesis de los estados psíquicos morbosos tal como es practicada por el psicoanálisis es un método excesivamente subjetivo, aunque pueda ser justo; según ellos resulta exagerado el pretender hallar un sentido oculto tras los contenidos psíquicos absurdos de los psicóticos, etc. Para responder a todas estas objeciones habría que escribir un nuevo libro o al menos ampliar desmesuradamente el marco ya extenso de esta discusión. Además todas estas objeciones ya han sido hechas a menudo y en cada momento se han refutado. Destacaremos por tanto aquí una sola: si los autores admiten que el psicoanálisis puede acceder al *contenido* oculto de un síntoma psiconeurótico, es decir, que puede reconocer en un “absurdo” aparente algo que posee sentido, que es descifrable, ¿por qué se echan atrás cuando se trata de explicar la “ensalada verbal” del psicótico, es decir, otro tipo, de absurdo? Parece que los autores establecen una diferencia fundamental entre psiconeurosis y psicosis funcionales, mientras que la única diferencia reside en el mecanismo y, en todo caso, en la accesibilidad al tratamiento.

De hecho, las psiconeurosis constituyen un capítulo aparte de la psiquiatría y deben ser evaluadas desde el mismo ángulo que las demás psicosis. ¿Por qué razón un método de investigación psicológica que se demuestra eficaz en las “psiconeurosis” no puede aplicarse a las psicosis?

La parte crítica introduce la exposición del método terapéutico analítico con las consideraciones siguientes: “Suponiendo que un individuo sufre de un complejo rechazado, ¿no sería más indicado reducir el complejo al silencio mediante un refuerzo del rechazo, en vez de sacarlo a la luz?” Según las palabras del mismo Freud, “el estado normal de los complejos sexuales es el ser mantenidos en el inconsciente por las fuerzas morales y no el de hacerse consciente”. Los autores no podían suponer que Freud, discípulo de Bernheim, ignoraba la eficacia de los métodos fundados sobre un refuerzo del rechazo (hipnosis, sugestión). Freud no pone ninguna objeción al empleo eventual de tales terapéuticas. Sostiene simplemente: 1º que tales métodos no son radicales porque no hacen sino disimular el nudo patológico; 2º que en muchos pacientes -de hecho en la mayoría- se muestran inoperantes. Precisamente la insatisfacción provocada por los resultados obtenidos de esa forma fue la que empujó a Breuer y a Freud a crear el psicoanálisis. Y la referencia a las “palabras de Freud” está absolutamente injustificada cuando pretenden que, normalmente, los complejos sexuales deben ser rechazados. Pues su conocimiento consciente es perfectamente compatible con la salud mental y el “rechazo” no es el único medio para dominarlos ni es siempre el mejor.

Hemos de reconocer que la técnica psicoanalítica es realmente difícil, pero esto no es un argumento válido contra su aplicación. La subjetividad del médico desempeña un papel importante entre estas dificultades, pero no tiene el carácter aplastante que le atribuyen los autores del libro. Las interpretaciones erróneas y el mal uso de las técnicas se vengán espontáneamente provocando perturbaciones y hasta una detención completa del proceso del análisis. La “docilidad” de los pacientes está muy lejos de ser tan grande como los autores se imaginan. Por el contrario, la proposición de los autores, que consiste en hacer examinar a los enfermos, a título experimental, por muchos analistas a fin de comparar los resultados, demuestra su total ignorancia de la forma en que se desarrolla un psicoanálisis. De otra forma, sabrían que esta proposición es irrealizable, porque los pacientes serían obligados a decir ciertamente *todo* lo que se les ocurre en el segundo análisis, y también por consiguiente todas las interpretaciones de su primer análisis; si no lo hicieran, si se callaran cualquier cosa, faltarían a la regla fundamental del psicoanálisis y falsearían el resultado que hubiera producido el análisis sin este disimulo. En todo caso, esta proposición absurda desmiente la opinión expresada por los autores de que basta un tiempo “relativamente corto” para asimilar suficientemente la teoría y la práctica del psicoanálisis; en todo caso; el tiempo que han consagrado a la redacción de esta obra no es suficiente.

Podemos concluir que la opinión desfavorable de los autores sobre la eficacia terapéutica de la investigación psicoanalítica, formulada a partir de su experiencia personal, carece de peso. Desearíamos responder a dos de sus objeciones teóricas. La primera es que el efecto terapéutico del análisis podría obtenerse no por el método, sino tan sólo por la transferencia (la actitud benévola hacia los pacientes). La prueba en contra nos la proporciona, entre otras razones, el carácter absolutamente provisional de los logros obtenidos en las casas de salud donde se atiende mucho a los pacientes, pero sin método. Estos logros desaparecen en cuanto el sujeto se aleja del “medio transferencial”. Pero un análisis correcto (los autores se olvidan de insistir en ello) resuelve poco a poco la transferencia, hace al paciente independiente del médico y le deja en posesión de un control de sí mismo que le preserva de recaídas y le advierte a tiempo de cualquier peligro de esta naturaleza.

La otra objeción teórica formulada por los autores es que se necesita habituar a los neuróticos, y particularmente a los obsesos, a no ocuparse de sus síntomas morbosos, a no hurgar en ellos. Sería de temer que el psicoanálisis, en lugar de curarlos, cultivara las ideas obsesivas y delirantes. ¿Qué pensarían los autores de quien pretendiera prohibir al cirujano el empleo del bisturí, pretextando que un instrumento cortante y puntiagudo podría ser peligroso? Lo que ellos piden es del mismo orden. El cuchillo sólo es peligroso en manos inexpertas; la tortura que se inflige al neurótico cuando no puede recurrir a un médico experimentado es de la misma naturaleza. Por el contrario, “hurgar” en el psiquismo del paciente se convierte en un instrumento terapéutico cuando una mano experta dirige al paciente hacia el núcleo oculto de su mal, que nunca hubiera hallado mediante sus rumias estériles.

Tras haber realizado nuestro camino a través de la parte crítica de la obra, un tanto laboriosamente, podemos resumir nuestra impresión concluyendo que, en la medida que los autores hallan inadmisibles tantos puntos fundamentales del psicoanálisis, la estima elogiosa que testimonian a algunos detalles, que no deben su descubrimiento más que a orientaciones y procedimientos rechazados por los autores, pierde prácticamente todo su valor. Nos hemos esforzado en destacar la oposición casi irreductible entre las concepciones de los autores y las del psicoanálisis, pero hemos tenido que renunciar, naturalmente, a la tentativa desesperada de reducir tales contradicciones mediante la dialéctica. Hemos preferido centrar nuestra atención en los puntos en los que su oposición se funda sobre una mala comprensión y sobre una interpretación abusiva del “pensamiento freudiano”.

Las inconsecuencias de las que los autores son culpables y en particular las diferencias que existen entre la parte descriptiva y la parte crítica son tan enormes que ambas partes parecen no ser la obra de una misma persona; al mismo tiempo debemos expresar nuestra sospecha de que el autor de la parte crítica pueda ser Régis, siendo Hesnard quien realizó la exposición inicial, y que la unificación de los puntos de vista ha fracasado precisamente debido a la doble redacción.

Para disminuir el efecto negativo de la parte crítica, hemos cedido a la tentación de hojear de nuevo la primera parte del libro, la más conseguida, para gozar una vez más de la fina comprensión de los autores, de su maestría dialéctica y de su bello estilo.⁷

(Sandor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo II, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.

7.- El libro añade una bibliografía cuidadosa y muy completa. Indicamos a los autores que citan equivocadamente a Frank, un discípulo tardío de Freud, como uno de sus precursores (p. 5). La mayoría de mis propios trabajos son atribuidos a un cierto H. Feltmann: sin duda se trata de un error de imprenta.